

TRABAJAR ¿PARA QUE?

"Como colectividad siente poco el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo" (M. Briceño Iragorri).

Uno recibe plata por un lado y paga por otro. Y ¿por qué recibe precisamente ese sueldo? Bueno, uno tiene que vivir, llevo muchos años trabajando, más gana mi jefe, me he sacrificado por el partido. . . ¿Cuántas personas tratarán de hacer la adecuación entre lo que producen y lo que reciben como salario? ¿Existe entre nosotros este concepto básico de equidad según el cual la satisfacción de las necesidades, a que uno tiene derecho, debe pasar por una proporcionada producción de utilidad social?

Creemos que no existe. Y es difícil que una labor educativa pueda cambiar esta percepción de la realidad porque es una percepción adecuada. En nuestra sociedad trabajo no significa en muchos casos producción, fabricación de un mundo humano, transformación de la naturaleza o de las relaciones sociales o de la ideología. Muchas veces trabajo equivale simplemente a puesto que uno ocupa, colocación que uno ha conseguido, camburrito que le han dado.

Puede parecer que lo que venimos diciendo queda desmentido por la realidad inocultable de que en menos de cuatro décadas hemos pasado de país rural, atascado y provinciano a pequeña potencia expansiva. Las carreteras, las ciudades, los centros educativos y asistenciales, las fábricas ¿quiénes sino nuestros hombres las han montado? ¿Quiénes dirigen nuestra industria, nuestras universidades o nuestra política? ¿Cómo es posible negar que el pueblo venezolano con su trabajo ha transformado el país? ¿Cómo es posible afirmar que como colectividad siente poco el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo?

Y sin embargo insistimos en que es así. Nuestros hombres saben construir, saben armar, saben ensamblar, saben manejar -tanto máquinas como costumbres o ideas-; pero no sabemos producirlas y más aún no queremos responsabilizarnos de su producción. Importamos alimentos, materias primas, piezas, patentes y todo tipo de aparatos y productos. Pero ¿qué producimos? Producimos y refinamos petróleo. Y en segundo lugar, hierro y algunos derivados, aluminio, electricidad, pino caribe, algo de ropa y calzado, algunos alimentos, algo en sanidad ambiental y medicina, algo en política, algunas canciones, algunas películas, algún libro. . . Lo demás lo ensamblamos, lo empacamos, lo vendemos, lo compramos y lo consumimos. Pero no sabemos de dónde viene.

Las mercancías son para nosotros seres misteriosos y no somos capaces de desentrañar su secreto. Son para nosotros seres de fantasía. Vienen del mar y de los aires. Y ante nuestros ojos se presentan perfectas, como Adán en el paraíso. No las hemos concebido en nuestros laboratorios ni universidades. No las hemos gastado lentamente, pieza a pieza en nuestros campos y fábricas. No las hemos parido al mercado con las aperturas de la competencia. Las vemos ahí en la vidriera suntuosa, perfectamente acabadas y exhibidas, pero perfectamente desconocidas. Nos enamoramos de ellas a primera vista y como no sabemos su valor nos da lo mismo pagar el precio que sea.

No sabemos valorar lo que compramos porque no somos productores. Y por eso tampoco somos capaces de valorar nuestro trabajo. Se exporta azúcar, se importa azúcar, se exportan o importan plátanos, se pierde la semilla de papa o no, se asiste a clase o se deja de asistir, se cumple con un trabajo o se piratea. . . parecería que todo diera lo mismo.

Pero hay un trabajo imprescindible: si los trabajadores del petróleo -todos: desde el gerente de Petrovén al más novato peón de mantenimiento- no cumplen exacta, escrupulosamente sus cometidos el país se hunde. Aquí no valdrían subsidios ni ningún tipo de privilegio. Aquí sería imposible el engaño de una empresa rentable para los dueños pero improductiva para la nación. La empresa debe generar utilidades netas saneadas y estables, y para eso la empresa, a cada uno de sus niveles, debe asumir la responsabilidad total de lo que realiza. No serviría de nada echar la culpa a éste o al otro de un eventual fracaso. Ni la nación entera podría cargar con él. Por eso es necesario no fracasar. Y para eso se impone una lucha constante para dominar teórica y prácticamente todos los resortes de la industria y el negocio petrolero, y eso sólo se logra cuando un grupo humano complejo y coherente pone su vida en esta empresa. Esta es ¿quién lo duda? una

empresa nacional. Estos obreros sí tienen conciencia de lo que vale su trabajo, de lo que deben exigir y lo que conviene sacrificar y de la contribución que deben dar en productividad para poder exigir más.

Pero en realidad ¿es que sólo el trabajo petrolero es imprescindible? Todos sabemos que a la larga hay otros trabajos más imprescindibles aún. Vamos a poner como ejemplo el sector agropecuario. Tal vez no haya otro sector más importante: A fines del siglo XVIII se interrumpió el proceso de ocupación de nuestro territorio. Y aún no hemos sido capaces de relanzarlo. Recorremos el país y lo vemos en gran parte vacío y yermo, en galopante proceso de degradación ecológica y descomposición social. Nuestros hombres han perdido en gran parte las destrezas pasadas y no han tenido oportunidad de aprender otras nuevas. ¿Por qué no hemos empleado los recursos petroleros para crear una Venezuela agrícola, autogestionaria y eficiente? Esta pregunta la podríamos extender también a la industria y a los servicios.

En la respuesta conjugaríamos tres factores. En primer lugar la dificultad de tal transformación no debe ser desdeñada. El cambio que se pide a nuestros hombres para protagonizar esta transformación es muy profundo y a veces va en contra de actitudes bastante arraigadas como el desdén por el trabajo uniforme y rutinario, y la preferencia por la imagen del doctor sobre la del trabajador técnico. Creemos, en segundo lugar, que esas predisposiciones han sido cultivadas por los partidos políticos. Los gestores de nuestra democracia, beneméritos por tantos conceptos, deben responder sin embargo por esta grave desviación: han utilizado al campo y a los servicios como medios de control, como premios o anticipos de fidelidades partidistas. Este propósito ha entrado en contradicción con la finalidad de hacer de nuestros hombres productores eficientes. Y tenemos que confesar que ante la contradicción esta segunda finalidad ha sido sacrificada. Y de este modo estos hombres -seiscientos mil campesinos y setecientos mil burócratas- al corromperse su relación franca y directa con el proceso productivo pierden el sentido de realidad y se vuelven dependientes, acomodaticios, pasivos y pedigüenos. Esto se refuerza, en tercer lugar, por la actuación de nuestra burguesía que, como dijera un informe estadounidense, es más hábil para obtener ventajas del Estado que para producir. Nuestra burguesía chantajea al gobierno con la amenaza de retirarse del proceso productivo y de este modo paso a paso ha fraguado una estructura productiva cuyo fin principal no es la producción de riqueza nacional sino canalizar hacia sus arcas la mayor cantidad posible de recursos del Estado. De este modo, también por este motivo, el proceso productivo queda profundamente distorsionado y oscurecido. Porque en este planteamiento los sindicatos aspiran entonces a compartir menos injustamente la torta nacional, y no son una organización para defender los derechos obreros en base a la participación cada vez más eficaz en la producción.

La distorsión y deterioro de nuestro aparato productivo nos están llevando a la pérdida del sentido de realidad. Apenas el petróleo, el hierro y algunos pocos renglones más nos quedan como cordones umbilicales que impiden que caigamos en la paranoia colectiva con sus secuelas de absoluta irresponsabilidad y desvalimiento. Y no queremos encarar esta situación!

Si el partido del gobierno dedicara a la capacitación técnica de nuestro pueblo y a su encuadramiento en unidades productivas la mitad de la cuarta parte de las energías que dedica a controlar palmo a palmo al país pronto tendríamos que preocuparnos de conseguir mercados en el exterior. Pero ¡qué va! los partidos del status no quieren ser menos que aquel grupito de ultraizquierda que alertaba en una pancarta a la UCV contra la tendencia tecnócrata y desarrollista de encauzar al alumnado hacia carreras técnicas de mediana duración y llamaba a defender el tradicional derecho del pueblo a ser doctor. A pesar de lo que se diga, pueblo, gobierno y oposición están de acuerdo con ese 60 por ciento del presupuesto de este año para gastos corrientes. La diferencia sólo estaría en el modo del reparto. Y Fedecámaras también se habría resignado a la división nacional del trabajo: los criollos burócratas y buhoneros, los colombianos peones de hatos y haciendas, isleños y portugueses las hortalizas, la quincalla para los turcos y los obreros especializados que los traigan de Europa.

Pero esta situación no puede mantenerse indefinidamente. ¿Será demasiado tarde cuando la realidad nos despierte de nuestro sueño?

Tal vez estemos aún a tiempo de emprender una reforma política a fondo para acabar con el concepto de militancia partidista como carta de trabajo, para dejar de subsidiar al empresario ventajista, ineficiente y parásito y para hablar claramente al pueblo de trabajo en vez de halagarlo, engañarlo y corromperlo con promesas y migajas de consumismo.

Si no queremos pasar por este trago amargo, dentro de unos años tendremos ausencia forzosa de políticos, una red de empresas en manos de gente rapaz, con bajos sueldos, sin posibilidad de aplicar el código de trabajo, sin sindicatos, con represión y entregados más temprano que tarde en manos de las compañías transnacionales. Y entonces sí que tendrá un sentido muy distinto la pregunta: trabajar ¿para qué? ○